totalizadora, reciben aquí un tratamiento serio, amoroso y no *beato,* en el sentido de que se asumen por igual sus posibles limitaciones e incongruencias y su inmenso valor «agónico» (de lucha) en el plano de la tradición quijotesca, mística, y en la inobjetable unidad de la España diversa.

Eduardo Tijeras

Escritores a fondo*

Al ya desaparecido programa de televisón *A fondo,* el periodista Joaquín Soler Serrano, trajo personalidades del mundo de la ciencia, la política y especialmente de la cultura. La literatura ocupó lugar destacado y es así como Soler hizo de la entrevista una especie de cátedra amena al alcance del entender popular. Conversaciones donde la erudición apenas es bosquejada y la documentación sólo sirve de pauta para que sea el personaje el que cuente su vida y obra al público. Óptimo modo para que escritor y lector entren en contacto aunque sea a través de la pequeña pantalla. Después, al íntimo contacto del libro, el lector no sentirá a su autor como un ser irreal y lejano.

Soler Serrano trae en este volumen una selección, por países, empezando por casa, España, y haciendo un recorrido por buena parte de la geografía y bibliografía hispanoamericana.

El primer personaje en aparecer en pantalla fue Camilo José Cela. Un Cela siempre puntilloso, directo y hasta mordaz, que se confiesa honesto, «intentando pasar por este valle de lágrimas procurando hacer la puñeta a la menor gente posible». Pocos aspectos de la vida de Cela se revelan en la entrevista pues de él se ha dicho casi todo y a lo largo de la conversación se pasa un poco revista a lo ya dicho; las diversas actividades del autor, al margen de escribir y las cosas que le faltan por hacer como ganar la vuelta ciclista a Francia o que le nombren Miss Europa... Más en serio se toma las preguntas verdaderamente serias cuando el periodista alude al Premio Cervantes e incluso al Nobel. Simplemente no contesta, como si no supiera, y se escapa por otra serie de chasca-

* *Joaquín Soler Serrano,* Escritores a fondo. *Editorial Planeta. Barcelona, 1986.*

rrillos y anécdotas, tomando él el rumbo de la entrevista y dando fe de ése Cela imposible de entrevistar de una forma racional y técnica. Con Cela el periodista lo único que puede hacer es hurgar en el tema y dejar que el personaje se explaye y olvidarse del cuestionario.

De semejante desparpajo mundano pasamos a la sobriedad castellana y clásica de Miguel Delibes, segundo en la lista de los españoles de *A fondo.* Con Delibes los temas son temas, profundiza en ellos, quedando la pregunta como mero título de toda una exposición: lo que debe ser. El apellido Delibes, procedente de Francia, es tan raro allá como en España de donde vino el abuelo del escritor a tender unas líneas ferroviarias entre Reinosa y Santander. Delibes no sólo habla de su apellido sino de sus comienzos, de ese Nadal que ganó y al que nadie sabía que se había presentado, salvo su mujer; de la vocación literaria escogida al azar iniciándose como caricaturista en *El Norte de Castilla;* después el redactor que vio que escribir no se le daba nada mal y decidió hacer una novela. Obra que andando el tiempo se ha venido a catalogar de novela existencialista española, acaso la primera, abriendo así puerta a un género no demasiado cultivado en nuestro entorno. La gran pasión de Delibes por la caza es despachada cómodamente por el vallisoletano, aludiendo que así como nos comemos vacas y cerdos, por qué conejos y liebres no pueden servir para lo mismo, siendo la muerte de un tiro limpio un modo hasta humano de acabar con ellos.

José María Gironella, el escritor que elevó a la cima de la industria editorial a José Manuel Lara con su novela *Los Cipreses creen en Dios,* primero de la trilogía que completan *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz,* es un convencido de que un asesino es un muerto espiritual. El solo hecho de derramar la sangre del semejante mata moralmente al autor, encontrándonos que en la guerra civil española hubo un millón de muertos... se calcula, en términos reales, la cifra de medio millón de occisos en la fatal contienda, pero Gironella en sus cálculos lo dobla a tenor de su creencia en la muerte espiritual. Gironella se sentía la *vedette* de turno en el café de su ciudad natal, Gerona, y no pudiendo vivir más en semejante urna de cristal decide viajar a París a enriquecerse... literariamente. Se da cuenta que escribir libros en mes y medio es una locura, y siguiendo el consejo de un traductor francés, se propone hacerlo en tres años y así es como nació *Los cipreses...* Sufre un exceso de vanidad cuando le conceden el Nadal, paseando orgulloso su nombre por Barcelona y Gerona hasta que la vida le enseña que no es nada, y sobre todo en París, cuando se siente como un pigmeo intelectual. De pigmeo, y después de mucho tiempo, se encuentra en Jerusalén donde siente la presencia de Jesús casi palpable.

No hace mucho tiempo Gonzalo Torrente Ballester destapó el tarro de las polémicas cuando se dijo que a *Cien años de soledad* le sobraban cien páginas. Pero no se dijo todo lo que expresó Torrente en su momento y fue aludiendo a su obra *La saga/fuga de J. B.,* cuando decía que si alguna semejanza había entre su libro y el de García Márquez, era precisamente que a ambos les sobraban cien páginas. Polémicas aparte, la entrevista con Torrente se basa en temas importantes, los que sirven de fuente a su quehacer literario. Galicia como arquetipo; todo lo gallego: sus gentes y paisajes que parecen salirse de las páginas y que adquieren esa validez plástica que por su justicia han recalado en el medio más idóneo que es el cine. Personajes como los mendigos de los

que el narrador dice que son extraordinarios narradores y que despertaron su imaginación. No es de extrañar la capacidad de fábula del hombre que tiene que ganarse la vida con el cuento y más en un país como Galicia donde la naturaleza y las tradiciones son ya marco apropiado para el ingenio y la épica. Torrente Ballester se resiente por lo que él llama éxito tardío, un reconocimiento a gran escala que ha llegado cuando tenía que ser, pero que parece ser el destino de la inmensa mayoría de los escritores a todo lo largo del planeta. Destino que Torrente piensa mejorar, cuando a la hora de jubilarse, se marche a descansar y escribir en Mallorca.

La larga serie de escritores hispanoamericanos empieza con los argentinos, con Borges, concretamente. Con ese Borges al que más de una vez la ligereza y la crítica fácil han tildado de más inglés que argentino; el escritor habla de su país con un conocimiento extenso y profundo. También de sus orígenes españoles que le conectan con Juan de Garay y con Cabrera, el fundador de la ciudad de Córdoba. De su dilatada cultura que riza el rizo al extraer toda una obra de la obra de la humanidad entera, habla de su amistad con Cervantes y de la admiración que se puede sentir por Quevedo aunque sea imposible hacer migas con él. Borges sorprendió al periodista ya que Soler Serrano estaba verdaderamente preocupado, inquietud que le venía de la mala prensa que tenía el autor porteño: uraño, excéntrico, inabordable. Nada de eso. Aquello fue una conversación de amigos que rebasó con creces los sesenta minutos pensados en principio. En lo que sí es fiel Borges, y desde el principio, es en su veneración por Cansinos Assens al que llama, sin ambages, su maestro. De Borges decía Cansinos que tenía un estilo numismático a lo que el poeta responde con una queja y es la lamentación por no saber hacer monedas. Tampoco se olvidó de fustigar a Baltasar Gracián, como siempre, no perdonándole su desafortunada metáfora de comparar a las estrellas con gallinas celestiales. El anarquista utópico que se ha confesado desde siempre recomienda una fórmula ideal para ser feliz: no tener gobierno. Definitivamente lo del maestro Borges fue la poesía.

Julio Cortázar acudió al programa después de una rocambolesca caza y captura por parte del equipo de *A fondo.* Y es que Cortázar viajaba por medio mundo al tiempo que plasmaba su obra, y aunque el hombre se escapara como de sí mismo la epopeya le seguía cual halo mágico, pues los dos, epopeya y hombre, eran un solo ser. Profesor universitario sin título de ninguna universidad por una serie de azares, Cortázar tiene una juventud que ya empezaba a estar marcada por la trashumancia. Nacido en Bruselas de padres argentinos, la educación francesa le dejó una «r» gutural que arrastraría para siempre y es precisamente su conocimiento del francés y de la literatura gala lo que le hará tener diversos puestos ya como profesor o como traductor. Cortázar, maestro de la cuentística, confiesa haber trabajado muchísimo al escribir *Rayuela* su novela más voluminosa y la que en cierto sentido ha costado más de digerir por el gran público. No cree que sea una antinovela dado lo negativo del término; sería una tentativa de negar a la novela como género. Lo que Cortázar se propuso como ejercicio en *Rayuela,* es buscar nuevas posibilidades novelescas ya que es un género que admite la experimentación. De otra forma se convertiría en un arte anquilosado, con unos corsés fijos, axiomáticos. Cortázar buscó en *Rayuela* lo que ya muchos autores han hecho y es la búsque-

da incansable del lector cómplice. Críptica aspiración que, no por difícil, deja de ser infructuosa.

A Manuel Mujica Láinez fue imposible convencerle de la correcta acentuación de sus dos apellidos euskaldunes: Mújica y Laínez. Prefirió seguir con la hispanoamericana terquedad de acentuar o escribir apellidos como nos da la gana y hasta de inventarles otros orígenes etimológicos. No obstante la conversación con este escritor es amena y no deja tema sin analizar profundamente: sus principios literarios, sus costumbres en las que hay una extensa predilección por las colecciones. El espectador, el lector en este caso, va quedándose con la idea que da título a la reseña de la entrevista de que Mujica Láinez es un viejo hidalgo virreinal. Y es que en todo él hay lo que se puede encontrar en tantos hispanoamericanos y es esa nostalgia por España. Nostalgia que tiene diversas dimensiones y matices. En Mujica es la hidalga, la señorial y tampoco es de extrañar. En su genealogía hay personajes que fundaron la Argentina en todos sus aspectos y el escritor es hoy (cuando vivía, por supuesto) lo que en el país del Plata se conoce como un patricio. Al autor de *Bomarzo* le tocó por destino ser depositario de tradiciones y nostalgias.

En Ernesto Sábato se encuentra uno de esos casos atípicos cuando la excepción confirma la regla. Siempre se ha dicho que el escritor es el ser más alejado de la ciencia y de las disciplinas exactas. Sábato se inicia en la vida como matemático, pues dicho estudio le daba paz. Es el mundo platónico puro, a decir del mismo escritor, un orden que se necesita en medio del caos. También hizo pinitos en el campo de la astronomía aunque reconoce que los astrónomos son neuróticos, seres extraños que miran a las estrellas porque la tierra no les sirve, no les alcanza. Y a Sábato le alcanza, tanto para afirmar tenazmente que la democracia es el único régimen que mantiene vivas y libres a las personas que quieren mejorarlo. Sábato se confiesa de un comportamiento anárquico y dice de los anarquistas que ha conocido que son seres pacíficos, incapaces de matar una mosca. Su militancia la debe al integrarse en los antifascistas españoles que llegaron a Argentina exiliados de la guerra civil. Ha discrepado siempre de hombres como Ernesto Guevara; pero, no obstante, ante seres así hay que ponerse de pie. Quien sí le decepcionó fue Perón a quien acusa de haber abandondo al pueblo, de incluso traicionarse a sí mismo. Eva no. Eva fue una mujer excepcional, de gran coraje, quien tenía todos los atributos que le faltaron a su marido; ella hizo la revolución y puso a los obreros a vivir de una forma digna que no tuvo parangón en los avances sociales de su tiempo. Sábato se ha convertido para la juventud de su país en una especie de patriarca a quien le escribe cartas comentándole los más variados temas, como el de una muchacha que buscaba consuelo en él porque su novio la había abandonado.

A los escritores colombianos les pesa demasiado el síndrome García Márquez. Es un monstruo con el que no pueden. Y no es por su culpa. Es tanto el impacto de *Cien años de soledad* y en el mundo hay la creencia de que en Colombia la única persona capaz de escribir es García Márquez. Para nada se habla de figuras tan señeras en la literatura hispanoamericana como Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Eustasio Rivera, Eduardo Carranza, Plinio Mendoza y un largo etcétera que han marcado hitos en la narrativa de nuestro idioma e incluso a nivel universal, como es el caso del pre-modernista Silva. Algo por el estilo ocurre con Héctor Rojas Herazo, poeta, novelista y pintor, al-

guien al que el *boom* se dejó en el tintero y que hoy, residente en España, poco a poco encuentra para su obra el justo espacio que desde hace años está llamado a ocupar. Soler Serrano parece caer en la tentación, o mejor, estar afectado de la enfermedad garcía-marquiana, por las constantes referencias a *Gabo* que se hacen en la entrevista con Rojas Herazo (hasta un facsímil de la portada de *Cien años...* es reproducido). Parece que hubiera una nostalgia o que García Márquez se proyectara como el gran ausente de la serie de *A fondo,* tanto en el espacio televisivo como en el libro. Pero centrándonos en Rojas, diremos de él que es un personaje afable y sincero, no sólo ante una entrevista. Es así en su vida diaria, en todos sus modales, como si estuviera elaborando su obra plástica y literaria a cada momento. Reconoce que el terror es el personaje central de su pintura. Desdeña la invención de que Colombia es la parte del mundo donde mejor se habla el castellano, pues esto ha obligado al país a un cancerberismo gramatical, un purismo enfermizo, nada auxiliar de la creatividad, hasta el punto que a los escritores colombianos no les interesaba tanto comunicar cosas, sino cómo las comunicaban. Rojas Herazo está en pleno descubrimiento del pueblo español y su realidad humana y cultural. Dice de éste que es un pueblo tan importante, tan viejo y significante para todos los hispanoamericanos que al fin y al cabo son gente que proviene de acá y que ha nacido en América. No le falta razón a Rojas, cuando dice que la guerra de la independencia fue una guerra civil entre españoles criollos y peninsulares.

En la dedicatoria que Guillermo Cabrera Infante le hizo a Soler Serrano de su libro *La Habana para un infante difunto,* dice que el libro prácticamente nació en la entrevista de *A fondo.* Lo repetiría más tarde el escritor en ruedas de prensa y otro tipo de entrevistas y se queja el periodista que este aspecto haya sido poco resaltado por los medios de comunicación. Para Cabrera Infante haber venido a dicho programa significó su entrada definitiva en España pues su antigua condición de revolucionario castrista le grangeó la obvia animadversión del pasado régimen español. No obstante no tuvo dificultad alguna y sí una cordial acogida en todo sentido y desde diversos estamentos pese a estar en la presidencia Arias Navarro y en el aire la incertidumbre de la transición política. Cuando Soler Serrano le hace la primera pregunta y es acerca de su pueblo natal, Cabrera se entusiasma pues dice que le gustan las cronologías. Nacido en 1929, año del *crack* financiero mundial, se considera signado por la bancarrota y ello le convence de que nunca será rico. Nace también en un curioso espacio geográfico pues en un radio de cien kilómetros vienen al mundo tanto él como Fulgencio Batista y Fidel Castro. Casualidades que humorísticamente alterna con la conversación, en donde salta su amor por el cine que es anterior a la literatura. Su paso por la política acabó de buen modo pues la Revolución le permitió salir del país sin problemas, incluso pagándole el pasaje a él y a su familia. Una revolución que Cabrera dice se ha traicionado a sí misma.

Alejo Carpentier dice de la televisión que es como la lengua de Esopo, es decir, lo mejor y lo peor. No es que rompa lanzas en favor de la pequeña pántalla pero está de acuerdo en que es un medio como todos lo demás que hay que saber controlar para que no atosigue al espectador. Va en contra de la opinión de la *inteligentzia,* para la que la televisión es sólo buena cuando invita a uno de sus miembros. Carpentier habla de sus años de Madrid y del itinerario agradable y enriquecedor que le llevaba a la ter-

tulia de García Lorca en primer lugar, para al poco rato encontrarse con la de Valle-Inclán; más tarde le era fácil encontrarse con José Bergamín y Montesinos que salían de la revista *Cruz y Raya*. Del acento francés que le acompañó toda su vida, como un estigma, Carpentier lo explica diciendo que su padre era francés y su madre rusa; en casa se acordó que, ya que el castellano lo hablaba en la calle, dentro sólo se usaría la lengua de Víctor Hugo. Respecto a su forma de escribir, el barroco, Carpentier lo considera normal pues Hispanoamérica es un continente barroco; la desmesura geográfica en que nace un escritor de aquellas latitudes no es la misma que ve el europeo desde su infancia. Por lo que las imágenes plasmadas tienen que ser diferentes; al mismo tiempo el desarrollo de la vida se sucede de una forma barroca por lo que el escritor no es más que fiel pintor que se apropia de la realidad que le rodea para la construcción de su obra. Carpentier se vanagloria —y le cabe el derecho— de haber logrado una verdadera revolución cultural en su país, Cuba, cuando era director de la Editora Nacional en la que durante cuatro años y medio publicó 73 millones de ejemplares. En una Cuba donde antes nadie leía, el nivel de lectores se elevó a términos comparables con los países más cultos. Aquellas ediciones se inauguraron con el *Quijote*, cuya tirada inicial de 100.000 ejemplares fue distribuída gratuitamente por el Estado. Algo real maravilloso, frase con la que Carpentier define la esencial dinámica del continente americano.

El entomólogo del *boom*. El chileno José Donoso hace de zoólogo de ese fenómeno que se llamó el *boom* de la literatura latinoamericana. Mucho se ha escrito sobre esto y a cada paso se suceden nuevas teorías. La más sonada de ellas es que todo fue una campaña orquestada por un grupo de editores avispados, que en vez de hacerse la competencia, se unieron y sacaron a la luz una literatura que, por su exotismo, no sería mal producto de venta. Recuérdese que el llamado *boom* nació en Francia y el sólo hecho de que los escritores procedieran de Latinoamérica, un continente tan afrancesado, le daba a la novedad editorial el morbo suficiente para inquietar a una buena masa de lectores. José Donoso hace su análisis a partir de retratos que traza de cada uno de los escritores de este movimiento y que sitúa en escalas jerárquicas. Así, Cortázar, Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa serían los del primer escalafón o *boom* propiamente dicho. El *protoboom* estaría formado por Borges, Rulfo, Carpentier y Lezama Lima; al grueso pertenecerían Roa Bastos, Manuel Puig, Garmendía, Viñas, Benedetti, Edwards. En el *boom* junior hallaríamos nombres como Bryce Echenique, Mujica Láinez y Emilio Pacheco. Los primeros escritos de José Donoso fueron en inglés, narraciones cortas, cuando era estudiante en la universidad de Princeton, iniciándose allí en un taller literario, extraordinaria institución por la que guarda inmenso cariño y lealtad hasta el punto que, ya como profesor, ha ido a enseñar allí. José Donoso es un enamorado de los paisajes rurales, amor que le ha llevado a comprar tres casas del siglo XVI en Calaceite, un pueblecito del bajo Teruel.

Matilde Urrutia es la única persona de esta serie de entrevistados que no es escritor. Pero lo que seguramente ha buscado Soler Serrano llamándola al programa, es algo de la presencia de Pablo Neruda, pues cuando Soler pensaba entrevistarle, ya el autor de *Residencia en la tierra* había fallecido. Como es de esperar, la conversación transcurre entre recuerdos del poeta. Recuerdos que Matilde va hilvanando tranquilamente pero en los que es perceptible la nostalgia por algo tan hermosamente vivido. Según

ella, vivir con Neruda era muy fácil pues era un hombre que destestaba la tristeza, amaba la alegría por encima de todo. Era un imperativo en su vida el estar contento y convertirlo todo en una fiesta. Neruda pasó toda su vida buscando libros. A donde fuera, y hay que ver la cantidad de países que recorrió, buscaba libros, ediciones viejas y ejemplares que únicamente podrían atraer la curiosidad del bibliófilo. Una de sus pasiones en ese sentido era el recoger libros históricos de Chile desperdigados por el mundo. Matilde Urrutia se considera afortunada por haber sido musa de uno de los grandes poetas que ha dado el idioma castellano. Parte de la estructura de *Los versos del capitán* eran cartas que Neruda le mandaba y donde había de todo: crítica literaria, poesía dedicada a ella y hasta consejos sobre la personalidad y en contra de aspectos frívolos, aunque opinaba que un poco de frivolidad no le venía mal a la condición femenina. Versos y curiosidades escritos siempre con tinta verde que era el color preferido del poeta, símbolo de la esperanza por un futuro mejor que resplandece en mucha de su poesía.

A Carlos Fuentes, como hijo de diplomáticos, le toca vivir las peripecias de sus padres allá a donde se le asignaba una misión al jefe de familia. Distintos tipos de educación por la variedad de programas le iban conformando al Fuentes niño una universalidad intelectual pero al mismo tiempo desarraigada de su propio entorno natural. Es así que, viviendo en Estados Unidos, se conoce la noticia que el presidente mexicano Lázaro Cárdenas nacionaliza el petróleo y en los círculos del joven Fuentes se crea una especie de animadversión hacia su país natal. Entonces siente la llamada de lo propio y es cuando sale a su encuentro y viaja a México para vivir de cerca su realidad. Deja de ser un gitano con frac, como ingeniosamente define la vida del diplomático. Fuentes es un convencido de la necesidad de la erudición y no como adorno sino como fuente obligada en la que hay que beber para despejar todo lo que sea nebulosas en la mente del escritor en ciernes. «Conocer la estructura, la lógica, las formas, aunque sólo sea para violarlas», máxima abierta a múltiples interpretaciones, pero que si se analiza serenamente, es el mínimo que debe cosechar quien se quiera dedicar al complejo oficio de escribir. Dice de los conquistadores que «nos robaron el oro pero nos dejaron su lengua». Y del mayor de todos ellos, de Hernán Cortés, que es el hombre más importante de México y hay que rescatarlo de la ignominia con que ha sido cubierto.

Octavio Paz acierta cuando desea sacar a la América Latina de la nebulosa que representa la determinación de Tercer Mundo. Demasiado peligrosa es semejante generalización. En el llamado Tercer Mundo caben muchos continentes, culturas y realidades sociológicas e históricas, todas ellas muy distintas, e incluso susceptibles de enfrentarse entre sí, si se estudiara con más detenimiento el tema. Iberoamérica, por historia, no pertenece a aquel conglomerado. Forma parte del mundo occidental pues su cultura es heredera de Europa —España y Portugal— aunque su situación económica la emparente con zonas deprimidas del mundo. Pero hasta ahí las analogías. Octavio Paz sienta las pautas de lo descrito arriba con la objetividad que le confirma como el excelente ensayista que es. Paz es un escritor que sabe diferenciar muy bien entre la prosa de carácter científico como es el ensayo, y la literatura artística, poética. El Paz poeta lo es del todo, manejando los elementos que en este caso son menester, olvidándose por completo de la erudición y del racionalismo puro y seco de la reflexión ensayística. Ante las cámaras de *A fondo* prefiere de Antonio Machado su crítica y prosa a su poesía;

Unamuno le es del todo antipático, condena su desgraciada frase de «que inventen ellos» y el que quiera «salvarse con todo y zapatos»; admira a Ortega y Gasset pero no acepta de su pensamiento el gusto por el carácter jerárquico de las minorías que está lejos de lo que Paz cree, siente y quiere; Valle-Inclán es, según Octavio Paz, el inventor de la novela hispanoamericana.

La única novela escrita por Juan Rulfo, *Pedro Páramo,* no fue entendida por la generación del escritor. Reconoce que tuvo problemas para escribirla y que a cierta gente aún le cuesta aceptarla. Y es que en *Pedro Páramo* hay elementos literarios que sorprenden y, se diría más, dejan perplejo al lector. Es tanta la grandiosidad, la magia, que parece mentira que tanta fuerza artística haya sido plasmada. Es como si el Apocalipsis estuviera brotando del centro de la tierra como fuente de magma. Rulfo ha dicho en otras ocasiones que antes de escribir esta obra leyó una cantidad inestimable de novelas; porque Rulfo se declaró siempre más lector que escritor. Buscaba afanosamente una obra que colmara aspectos que su apetito de lector exigía en una epopeya cumbre. Y no la encontró. Entonces es cuando decide escribir *Pedro Páramo.* Primero para darse el placer de leerla y segundo para que no faltase en ninguna biblioteca del mundo una novela sin la que la literatura se hallaba incompleta. Sueño por fin cumplido, consecuente con la opinión rulfiana de que al escritor hay que dejarle el mundo de los sueños ya que no puede tomar el mundo de la realidad.

El representante paraguayo en esta serie televisiva es prácticamente el de aquella nación en todos sus aspectos a nivel internacional. Paraguay, víctima de la dictadura olvidada por el mundo que reclama democracia en todas partes. Al mismo tiempo, la cultura del país se encuentra viviendo anestesiada, esperando salir a la luz universal, al mágico conjuro del cambio político. Mientras tanto, Augusto Roa Bastos hace de embajador de su país en todos los foros allí donde le es posible. Y son legión quienes le escuchan, y por supuesto, le leen. Roa siente la misma fascinación que Carpentier por lo real maravilloso americano pues, según dice, la realidad tiene una especie de misterio y de ambigüedad que envuelve y matiza todas las cosas, el trato de la gente, la modulación del idioma, etc. A veces todo esto es como una pesadilla, pero una pesadilla fantástica y cierta, palpable a cada paso que va de lo concreto a lo abstracto y de ahí que lo real maravilloso tenga donde materializarse. Para Roa su país aún atraviesa, sino por el síndrome, sí por el recuerdo histórico de la guerra contra la Triple Alianza que en 1865 enfrentó a Paraguay contra Argentina, Brasil y Uruguay y que dejó al país en cenizas. Desde entonces era Paraguay una potencia latinoamericana en desarrollo político, cultural y tecnológico. Después de la guerra la población se redujo en casi un 80%, consumándose así uno de los más grandes genocidios de la historia y que la misma historia ha sabido callar. Paraguay es para Roa un gran espejo luminoso que se ha roto en muchos fragmentos. Ha tratado en sus libros de reunir estos fragmentos.

Mario Vargas Llosa es el único representante peruano pero quien absorbe todo el protagonismo de los escritores de su país. Soler Serrano se extiende en la introducción de la entrevista en la imagen de Vargas y le retrata cual es, es decir, con ese aire dandy que tiene el autor de *La ciudad y los perros.* Vargas Llosa empezó su quehacer literario poniendo el final que quería a los cuentos juveniles que caían en sus manos. Después, en el ya famoso colegio Leoncio Prado, descubrió la realidad de su país pues a ese cen-

tro de carácter militar venían a estudiar muchachos de todas parte de Perú, trayendo consigo idiosincracias diversas que trataban de amalgamarse en una, en Lima. Después viene su educación europea, concretamente en Madrid, a donde viene con una beca cuyo emolumento era una verdadera fortuna y le permitía vivir como un príncipe, pero es en la capital española donde el peruano se inicia como escritor, como profesional de la pluma que se encierra en su gabinete seis horas diarias, con una religiosidad propia de un funcionario de la literatura. La narrativa de Vargas Llosa es mezcla de hechos vividos y de la imaginación; semejante simbiosis es el producto de toda su obra y confiesa que no sería capaz de escribir una novela puramente imaginaria.

Juan Carlos Onetti no es el metódico escritor que es Vargas Llosa. Lo suyo es más bien anárquico y no tiene la costumbre de otros autores de releer lo escrito ni mucho menos de gozar con lo publicado. Una vez plasmado algo se quiere olvidar de ello, pues le horroriza lo que escribe, como confesaría hace años en un coloquio en Barcelona. Onetti es un hombre precavido y que no gusta demasiado del contacto con la prensa y las muchedumbres. Pero no es por antipatía sino, como él mismo confiesa, por puro nerviosismo y timidez. Contesta al periodista con frases cortas, sin explayarse demasiado en el tema y está muy lejos del hombre de letras que puede ganarse la vida dando conferencias profundas sobre su obra o una escuela literaria determinada. Su madre era brasileña, procedente de una familia con reminiscencias esclavistas, típicas del sur de ese país, hasta el punto que cuando el joven Juan Carlos congeniaba con los negritos de su barrio de Montevideo, ella le reprendía. El apellido Onetti no es italiano por más que lo aparente su fonética y escritura; el abuelo del escritor se apellidaba O'Nety y era irlandés nacido en Gibraltar. No se sabe por qué el abuelo tuvo que irse a Génova y allí ocurrió el cambio que como tal retoñaría en Uruguay. En el germen de la literatura de Onetti está la mentira; en su casa contaba mentiras, en el colegio y a los chicos del barrio. Un buen día —afortunado— se le ocurrió escribir todas las mentiras que contaba.

Arturo Uslar Pietri resulta un desconocido para el gran público español. A pesar que su libro más famoso, *Las lanzas coloradas,* se publicó en Madrid hace más de cincuenta años, sólo una selecta minoría sabe de este escritor, periodista y ensayista que para varios países de Hispanoamérica es voz e imagen común. Ha utilizado con certeza el medio de la televisión para llegar a las masas y llevar un mensaje cultural que día a día abre canales de conocimiento y de concientización histórica. Su preocupación central es la relación Venezuela-España, América-Europa. Uslar Pietri está convencido de la pertenencia de América Latina al mundo occidental y de cómo el mestizaje es una realidad positiva. La unión vigorosa de dos mundos, en los que el español aportó todo su capital cultural y el americano fue eficaz receptor del caudal que hoy día engrosa la corriente por la que discurre una nueva civilización. Uslar es testigo de un país que ha cambiado a un ritmo vertiginoso, debido a la bonanza petrolera que condujo hacia Venezuela millones de emigrantes europeos y de otras partes del continente. Caracas, la cuna de Uslar, era una ciudad que en sus tiempos de estudiante llegaba a duras penas a los ciento cincuenta mil habitantes y hoy día alcanza los tres millones... semejante incremento de la población es más que la simple llegada de gentes en busca de un futuro mejor. Es la tranformación de un mundo, o mejor del nacimiento de otro, fenó-

meno que ha tenido a Uslar Pietri ocupado en el análisis; aunque no se ha detenido en la contemplación de su propio país, mirando constantemente al entorno, lo que le ha llevado a la conclusión, generalizada por otra parte, de que la mejor vía para la América Latina es la federación, sueño y proyecto político de otro venezolano ilustre: Simón Bolívar.

Miguel Manrique

Poesía peruana: Antología general

La Fundación del Banco Continental para el Fomento de la Educación y la Cultura, tomó a su cargo en 1983 el ambicioso proyecto de reunir en tres tomos una Antología General de la Poesía Peruana que abarcara desde las primeras manifestaciones orales en lenguas aborígenes hasta los poemarios de jóvenes de la novísima promoción del 80. Tal quehacer ha resultado siempre excesivo y costoso, lo que explica la escasez de antologías que han intentado tal empresa. Entre ellas merece destacar la publicada en 1957 por Sebastián Salazar Bondy y Alejandro Romualdo, *Antología General de la Poesía Peruana,*[1] que tuvo el mérito de incluir por primera vez la poesía quechua no como una simple curiosidad (argumento siempre deleznable en este tipo de trabajos) sino como una real continuidad respecto de la lírica posterior, logrando de este modo vencer el prejuicio y la ignorancia a que siempre ha estado sometida por cierto oficialismo cultural. Sin embargo dicha antología, como suele ocurrir con tantos libros buenos en el Perú, nunca fue reeditada.

Otros esfuerzos importantes los hallamos en la *Antología de la Poesía Peruana*[2] de Alberto Escobar, y en *Poesía del Perú, de la época pre-colombina al Modernismo,*[3] del poeta Javier Sologuren. El primero, por razones metodológicas, inicia su trabajo a partir de la célebre *Amarilis;* el segundo, por razones naturales de extensión, se detiene en los autores modernistas.

[1] *Romualdo, Alejandro y Salazar Bondy, Sebastián,* Antología General de la Poesía Peruana, *Ed. Librería Internacional del Perú, s.a., 1957, Lima.*

[2] *Escobar, Alberto,* Antología de la Poesía Peruana, *Edics. Nuevo Mundo, Lima, 1965.*

[3] *Sologuren, Javier,* Poesía del Perú, de la época pre-colombina al Modernismo, *Buenos Aires, Ed. Universitaria, 1957.*